

conversación, para alejar las ideas que lo acosaban : según eso vuestro amo es muy original.

— Lo es en todo, buen hombre : mas ya que la casualidad os ha traído aquí, y como es probable que no volváis porque esto está fuera de camino, no quiero que os vayáis sin saber lo que es nuestro amo y lo que hace de esta granja : os lo diré en dos palabras, con tal que se lo contéis á todo el mundo : veréis como es cosa digna de ser oída contada.

— Hablad, dijo el bandido, ya os escucho.

VI

LA GRANJA MODELO

Y por cierto que no ha de pesaros, dijo el anciano al Maestro de Escuela. Hacedos cuenta que nuestro amo pensó un día : yo soy muy rico, lo que es muy bueno, más no por esto como dos veces ; pues si yo hiciese comer á los que no comen ni una, y comer mejor á muchos hombres honrados que no comen todo lo que tienen gana, sería cosa mucho mejor : y puso manos á la obra : compró esta granja que entonces valía poco y no ocupaba más de dos yuntas ; y cuidado que yo lo sé, porque he nacido aquí. El amo aumentó las tierras del modo que os diré más adelante, y al frente de la granja puso á una señora tan respetable como desgraciada, porque él siempre busca personas desgraciadas y le dijo : Esta casa ha de ser como la de Dios, abierta para los buenos y cerrada para los malos : se echará de ella á los mendigos holgazanes, pero se dará siempre trabajo á los que sean laboriosos. Esta es limosna que no humilla al que la recibe y aprovecha al que la da, y el rico que no la da no sabe ser rico. Así lo dice nuestro amo con mucha razón, y no se contenta con decir, sino que hace. En otro tiempo había de aquí á Ecouen un camino derecho, por el cual se atajaba una hora, pero se puso tan malo que no había quien pasara por él : se mataban los caballos y se rompían los carruajes : y aunque algún trabajo y algún dinero de los propietarios del territorio habrían sido suficientes para componerlo, todos deseaban que estuviese bien y ninguno quería emplear trabajo ni dinero. Pues llega un día en que nuestro amo dice : se compondrá el camino ; mas como no quieren contribuir los que debieran, y casi es un camino de lujo, antes de servir para los que tienen carruaje o caballo, servirá á los que tienen brazos y deseos de trabajar y no encuentran medio para ganarse la vida. Así sucede que si llega á la granja un joven robusto que anda hambriento y sin trabajo se le dice : muchacho, aquí tienes un plato de sopa, un azadón y una pala, se le acompaña al camino Ecouen, se le manda que diariamente arregle dos toesas de carretera, y cada noche se le dan dos francos, si compone

una toesa un franco, si media, medio franco, y si menos no se le da nada. Esto se hace, y cuando al caer la tarde vuelvo yo del campo, reconozco el camino y veo lo que cada uno ha trabajado.

— Y cuando uno se acuerda, dijo con ira Juanillo, de que ha habido dos pillastres tan perversos que se comieron la buena sopa y robaron el azadón y la pala, se le quitan á uno las ganas de hacer bien.

— Es mucha verdad, exclamaron algunos labradores.

— Vaya muchachos, dijo el anciano, si los hombres se hubiesen de arrepentir por eso, tampoco podría plantarse cosa alguna, porque hay orugas, y otros bichos que roen las hojas ó se comen el fruto. No, no, el hombre mata las sabandijas y Dios hace nacer nuevos tallos y nuevas espigas, el daño se repara, y ni siquiera se conoce que hayan pasado por allí bichos ni sabandijas. ¿ No es verdad, buen hombre ?

— Quien lo duda, respondió el Maestro de Escuela que estaba muy reflexivo.

— En cuanto á las mujeres y á los niños también hay trabajos á propósito para su edad y sus fuerzas.

— Y á pesar de esto, dijo Claudia, el camino va muy despacio. — ¡ Toma ! esto prueba que por fortuna no les falta trabajo á los hombres de bien.

— Pero á un enfermo, á un hombre como yo, dijo de repente el ciego, ¿ no se me haría la caridad de darme un rincón en la granja, un pedazo de pan y un abrigo, por el poco tiempo que me queda de vida ? ¡ Oh ! si fuese posible yo pasaría la vida bendiciendo á vuestro buen amo. En aquel instante el bandido hablaba sinceramente ; no porque se arrepintiese de sus crímenes, porque la pacífica y feliz existencia de los labradores le pareció tanto más envidiable en cuanto veía el horroroso porvenir que la Lechuza le reservaba desde que se fué á su lado renunciando á vivir con las honradas gentes á cuya casa le condujeron la misma noche en que perdió la vista. El tío Chatelán miró al Maestro de Escuela con admiración.

— Yo no os creía, le dijo, absolutamente falto de auxilios.

— ¡ Ay de mí ! lo estoy ; he perdido la vista por efecto de una desgracia trabajando en mi oficio, voy á Louvres á buscar asilo en casa de unos parientes, pero bien sabéis que los hombres son muchas veces egoístas, é insensibles !

— ¡ Oh ! no hay quien no se enternezca al ver un trabajador honrado como vos, é infeliz sin culpa suya, y un muchacho tan bueno, tan buen hijo. ¿ Pero cómo no os socorre el amo por quien trabajabais ?

— Murió, y ese era mi único protector.

— ¿ Y el hospicio de los ciegos ?

— No tengo edad para ser admitido allí.

— ¡ Pobre hombre ! En verdad que sois digno de compasión.

— Sin duda. ¿ Y creéis que si en Louvres no hallo la acogida que espero,

vuestro amo á quien ya respeto sin conocerlo, no tendrá compasión de mí?

— Por desgracia la granja no es un hospicio, y así es que se permite á los enfermos y pobres que pasen en ella un día ó una noche; después se les da algún socorro... y que Dios los asista.

— ¿Con que no me queda esperanza alguna de que vuestro amo me recoja? dijo el bandido.

— La regla establecida aquí es la que os he dicho, buen hombre, pero el amo es tan compasivo y generoso que de él puede esperarse todo.

— ¿De veras? y sería posible que me dejase vivir aquí en cualquiera rincón? ¡Me contentaría con tan poca cosa!

— Os repitió que del amo puede esperarse todo: pero si consiente en que estéis en la granja no tendréis que meteros en un rincón, porque os trataría como á nosotros. Encontraría para vuestro hijo una ocupación proporcionada á sus fuerzas, y no le faltarian buenos consejos y buenos ejemplos: nuestro respetable cura le enseñaría cómo á los demás muchachos de la aldea, y creería para ser un hombre útil y bueno. Á este fin lo mejor sería que mañana por la mañana hablaseis francamente á *Nuestra Señora del Buen Socorro*.

— ¿Cómo es eso? preguntó el Maestro de Escuela.

— Así llamamos nosotros á la señora, y si ella se interesa por vos, negocio concluido; porque en tratándose de hacer una caridad, el amo no le niega nada á nuestra señora.

— Pues entonces le hablaré, ¡oh! sí, le hablaré, exclamó el ciego con alegría y considerándose ya libre de la tiranía de la vieja tuerta. Esta esperanza fué poco agradable al Cojuelo, que no se sentía dispuesto á aprovecharse de los ofrecimientos del anciano labrador, y menos todavía á volverse bueno bajo los auspicios del venerable cura. Las inclinaciones de aquel muchacho eran otras y fiel á las tradiciones de la Lechuza, hubiera sentido infinitamente que el Maestro de Escuela se sustrajese á su común despotismo. Por esto quería llamar á la realidad al bandido que se extraviaba abandonándose á tan gratas esperanzas.

— Sí, sí, repitió el Maestro de Escuela, le hablaré á *Nuestra Señora del Buen Socorro* y tendrá lástima de mí, y....

El Cojuelo dió en aquel momento con disimulo un vigoroso puntapié en la llaga del Maestro de Escuela. El agudo dolor interrumpió la frase del bandido, el cual dijo con un terrible estremecimiento:

— Sí, espero que esa buena señora tendrá compasión de mí.

— Vaya, vaya, ¡pobre papaito!... — dijo el Cojuelo; — pero tú no cuentas con mi tía *la señora Lechuza*, que te quiere tanto... ¡Podre tía *Lechuza*! ¡Ah! no te abandonará, no, así á dos por tres, y no tardaría en venir á reclamarte aquí con su primo el tío *Besugo Barbillón*.

— ¡La tía *Lechuza*! ¡el tío *Besugo*! Por lo visto el bueno del hombre tiene pájaros y pescado en la parentela — dijo en voz baja Juanillo con aire maligno y dando de codo á su vecina. — ¡Qué cosa tan rara! ¿qué te parece, Claudia?

— ¡Anda, anda, desalmado! no sé como tienes *aquel* para hacer burla de unos desdichados — repuso la robusta moza dando á su vez á Juanillo un codazo capaz de romperle tres costillas.

— ¿Es prima vuestra la señora Lechuza? — preguntó el labrador al Maestro de Escuela.

— Sí... es una de mis parientas... — respondió el bandido con aire torvo y solapado.

— ¿Y es esa la parienta que vais á ver á Louvres? — preguntó el tío Chatelán.

— Sí — repuso el bandido; — pero creo que mi hijo hace mal en contar con ella. De todos modos hablaré mañana á la señora de esta casa, y la rogaré que interceda con el amo de la quinta; pero ya que hablamos del propietario — añadió cambiando de conversación para no dar motivo á la imprudente interrupción del Cojuelo, — ahora me acuerdo que me habéis ofrecido ponerme al corriente de la organización de este establecimiento.

— Es verdad que os lo ofrecí — repuso el tío Chatelán — y voy á cumplir mi promesa. Pues señor, como iba diciendo, el señor amo después de haber ideado á su manera lo que llama él la *limosna del trabajo*, dijo allá entre sí: Ya que hay establecimientos y premios para mejorar y fomentar los caballos, los ganados, los arados y otras muchas cosas de este género... ¿no sería bueno pensar también en mejorar la condición de los hombres?... El que haya buenos animales, pase; pero mejor sería que hubiese buenos hombres, aunque esto no sea tan fácil de conseguir. Á fuerza de cebada, buenos prados, agua pura y algún cuidado, los ganados engordarán que será un contento; pero en cuanto á los hombres es negocio muy diferente, porque á un hombre no se le convierte en virtuoso como á un buey se le hace gordo y rollizo. Pero si á un buey le aprovecha la hierba porque la encuentra sabrosa, veamos también si hay modo de hacer que los consejos dados al hombre sean de tal calidad que le tenga cuenta el seguirlos...

— Como al buey le tiene cuenta comer buenos pastos ¿verdad, tío Chatelán?

— Ni más ni menos, Juanillo.

— Pero, tío Chatelán — dijo otro labriego — he oído hablar en otro tiempo de una quinta en que se enseñaba la agricultura á ladrones mozos, salvo su buena conducta por no hacerles deshonor, los cuales vivían en ella muy cuidados y repantigados como obispos.

— Es verdad, muchacho, es verdad, nada malo hay en eso; pero aunque es

menester que seamos caritativos con los malos para que no desesperen, debemos también dar esperanza á los buenos. Si en esa quinta de ladrones jóvenes se presentase un hombre honrado con ganas de trabajar y ganar la vida, le dirían sin duda: « ¿Amigo mío, has robado alguna vez? » — « No. » — « Pues entonces no hay lugar para ti? »

— Eso es tan verdad como el Evangelio, tío Chatelán — dijo Juanillo.

— Se hace por los bribones lo que no se haría por los hombres de bien; se mejora la condición de los animales y no la de los hombres.

— Pues justamente para remediar ese mal y dar el ejemplo, ha establecido nuestro amo esta quinta, como acabo de decir á este buen hombre... « Bien sé yo — dijo entre sí — que *allá arriba* hay recompensas para la gente de bien; pero aquellas recompensas están tan lejos... tan altas... que ninguno tiene la vista ni el valor suficientes para verlas y alcanzarlas. Agobiados por el trabajo desde el principio hasta el fin del día, y encorvados hacia la tierra, pasan la vida cavándola y revolviéndola para otro dueño, y llegada la noche descansan de su fatiga en un duro lecho... Los domingos se embriagan en la taberna para ahogar en la bebida las fatigas de la víspera y del día siguiente, fatigas cuyo resultado no varía jamás para los infelices que las sufren. Y después de tanto trabajo ¿es acaso menos negro su pan, menos duro su lecho, menos enclenques sus hijos y menos enfermiza su mujer? ¡no! Las pobres criaturas comen el pan tasado y nunca pueden satisfacer el hambre. Sin embargo debemos confesar, amigos míos, que el pan aunque negro es un alimento, que el lecho aunque duro, es un lecho, y finalmente que los hijos viven, aunque vivan hambrientos y consumidos por la miseria. Los desgraciados soportarían acaso alegremente su desventura, si creyesen que los demás no eran más felices que ellos; pero van al pueblo y á la ciudad los días de mercado, y ven el pan blanco, colchones mullidos, y niños alegres y rollizos, y tan hartos y desganados que echan rosquillas á los perros. Y entonces, cuando vuelven á su choza de barro, y á su pan negro, y á su cama dura, dicen los infelices al ver á sus hijos enfermos, y llenos de miseria, para quienes hubieran cogido de buena gana las rosquillas y mendrugos que los hijos de los ricos echaban á los perros: « ¡Cáspita! ya que el mundo se compone de ricos y pobres, ¿por qué no hemos nacido ricos? ¿por qué no habrá de tocarnos también nuestra vez? ¡esto es una injusticia! » Pero, amigos míos, los que tal dicen no tienen razón, y sufren inevitablemente y sin descanso ni esperanza de alivio el yugo que á veces los exaspera, sin disfrutar jamás la dicha del reposo... Una vida pasada de este modo no hay duda que debe parecer muy larga... tan larga como un día de lluvia sin un rayo de sol. Finalmente, la mayor parte de los jornaleros que piensan de este modo viven á mal consigo mismos, emprenden con disgusto el trabajo diario, y hacen generalmente esta loca reflexión: « ¿ Á qué fin habremos de trabajar con afán

y mejor? ¿ no es para nosotros lo mismo el que la espiga sea más gorda ó más menguada? ¿qué provecho sacaremos de echar los botes trabajando? Estémonos quietos sin hacer bien ni mal, ya que lo malo no se castiga y ya que no hay recompensa para lo bueno... » Estos pensamientos son de mala ley, hijos míos... porque del abandono á la haraganería no hay más que un paso, y de la haraganería al vicio es menor la distancia... Por desgracia los más son los que no siendo buenos ni malos no hacen ni mal ni bien; y de éstos es de quienes ha dicho nuestro amo que era preciso mejorar su suerte. « Hagamos de manera, se dijo, que hallen utilidad en ser activos, prudentes, instruídos, y laboriosos; demostrémosles que haciéndose mejores serán felices... y todos ganaremos de este modo. Á fin de que aprovechen los buenos consejos, démosles á probar acá en este mundo un si es no es de la felicidad que gozan los justos allá arriba... » Arreglado el plan en esta forma nuestro amo hizo saber por las cercanías que necesitaba seis labradores y otras tantas mujeres; pero determinó escogerlos todos entre las familias más honradas del país, según los informes que hubiesen de dar los alcaldes, los curas y otras personas respetables. La paga debía ser como la nuestra, es decir que debían estar como príncipes, comer á boca de rey y dividir entre sí el diezmo de los frutos de la cosecha: al cabo de dos ó tres años se vería si era necesario buscar más labradores que reuniesen las mismas cualidades... Así es que desde que se fundó el establecimiento, no hay labrador ni jornalero en las cercanías que no eche sus cuentas y diga: « Seamos activos, honrados y laboriosos, distingámonos por nuestra buena conducta, y llegaremos á colocarnos en la quinta de Bouqueval; viviremos allí como en un paraíso dos ó tres años, nos perfeccionaremos en el oficio, haremos ahorros, y sobre todo no nos faltará quien nos busque para el trabajo, porque nadie entra en Bouqueval sin excelentes informes de conducta.

— Á mi me han comprometido ya para entrar en la quinta de Arnouville, que dirige Mr. Dubreuil — dijo Juanillo.

— Y yo lo estoy también para Gonesse — dijo otro labrador.

— Ya lo veis, amigo, como el establecimiento es ventajoso para todos y como se aprovechan de él los agricultores del contorno: solo se emplea á doce personas, entre hombres y mujeres, y se forman acaso cincuenta sujetos honrados en el distrito para pretender las doce plazas; de modo que aun los mismos que no consiguen ser empleados, no son por eso menos honrados, porque como suelen decir, el que buenas mañas ha tarde ó nunca las perderá, y como la esperanza es lo último que se pierde, se conservan honrados para merecer que los elijan. Lo mismo viene á ser, hablando con el respeto debido, que cuando se ofrece un premio para el caballo ó la res más ligeros, forzudos y hermosos, porque con el afán de ganar el galardón se forman cincuenta animales exce-

lentes para disputarlo; y los que no consiguen ganar el premio, no por eso son después menos buenos y fuertes... Por eso os decía, amigo mío, que nuestra quinta no era como las demás, y que nuestro amo no se parecía á los otros.

— ¡Ya lo veo! — exclamó el Maestro de Escuela — y cuanto mayores me parecen su bondad y su generosidad, tanto más espero que se compadecerá de mi triste suerte. Un hombre que hace el bien con tanta nobleza, no debe reparar en un beneficio más ó menos. Decidme por de pronto su nombre y el de *Nuestra Señora del Socorro* — añadió con viva ansiedad el Maestro de Escuela — para bendecirlos á los dos, porque estoy seguro de que he de inspirarles lástima.

— Acaso esperáis oír dos nombres campanudos, y en tal caso os engañáis, porque sus nombres son tan sencillos como los de los santos. *Nuestra Señora del Socorro* se llama la señora Adela Georges... y nuestro amo se llama el señor Rodolfo.

— ¡Mi mujer!!!... ¡mi verdugo!!!... — murmuró confusamente el bandido, aterrado como si un rayo hubiera caído sobre su frente.

VII

LA NOCHE

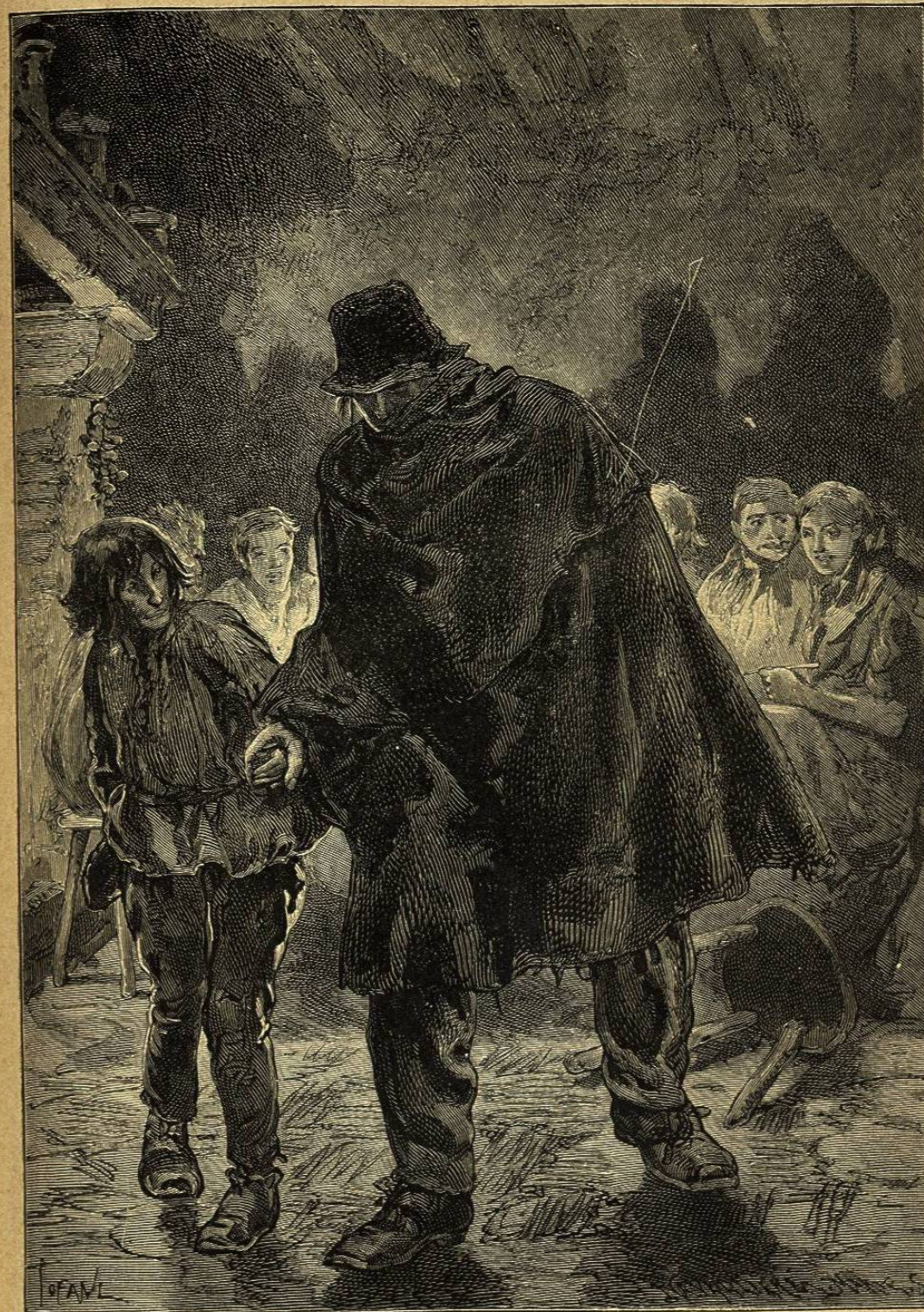
Persuadióse el Maestro de Escuela de que la identidad de los nombres de Rodolfo y de la señora Adela no podía provenir de una coincidencia. Rodolfo, antes de condenarlo al terrible suplicio, le había manifestado el vivo interés que sentía por madama Georges; y finalmente, las recientes visitas del negro David á la quinta lo afirmaban más y más en su persuasión. Este encuentro, en el cual creyó reconocer la mano de la Providencia, destruyó completamente la esperanza que había fundado en la generosidad del amo de la quinta. Su primer impulso fué salir de aquella casa, porque Rodolfo, que acaso podría hallarse en ella en aquel momento, le inspiraba un invencible terror... Apenas repuesto levantándose de la mesa y tomando la mano del Cojuelo exclamó aterrado y fuera de sí:

— ¡Vámonos... vamos!...

Los labradores se miraron asombrados unos á otros.

— ¡Cómo! ¿queréis marcharos á estas horas? ¿Habéis perdido el juicio, buen amigo? — dijo el tío Chatelán.

El Cojuelo se aprovechó con destreza de esta indicación, dió un suspiro, hizo con la cabeza una seña afirmativa, y llevando el índice á la frente dió á entender á los labradores de la quinta que no estaba sana la razón de su fingido



¡Vámonos... vamos!